

Esto es una obra de ficción.

Aunque varios de los personajes que aparecen son reales, en aras de dar mejor verosimilitud a la historia, todos los hechos situados en el futuro son fruto exclusivamente de la imaginación e inventiva del que escribe las siguientes páginas.

El autor ha querido tratar con máximo respeto a todas las personas que le han servido de inspiración, siendo el destino, acciones y declaraciones de las mismas en este libro únicamente un recurso al servicio de la trama, que no busca sino entretener a aquellos lectores que decidan sumergirse en las páginas que la desarrollan.



## PRÓLOGO

Esta historia es una amable ensoñación en la que imagino la aparición de la República de *Catalunya* consentida por el Estado Español, el cual, en consecuencia, retira la nacionalidad española a siete millones y medio de catalanes.

Desprendida *Catalunya* de la Unión Europea, y despojados los catalanes de su nacionalidad española, la nueva nación y sus súbditos quedan inmediatamente aislados, pendientes del reconocimiento de la comunidad internacional. Comunidad que no ve con agrado la maniobra española, y menos aún, la aparición repentina de un país extraño.

La dura realidad termina por despejar las pegajosas brumas de la utopía, y Cataluña descubre que no hay vida fuera del Estado Español.

El relato que vas a abordar, querido/a lector/a, es una cronología de hechos ficticios, que he procurado disfrazar con las dosis de verosimilitud necesarias para mantener tu curiosidad, y dar una respuesta, y tómala por lo que valga, a tu pregunta de qué pasaría si efectivamente algún día Cataluña se independizara.

*Ultano Kindelan*  
*Abril 2018*



## INTRODUCCIÓN

Nunca dejan de sorprender, incluso a un espectador de la vida de colmillo retorcido como el que esto escribe, los acontecimientos pasados, vistos con la perspectiva que dan unos pocos años o incluso meses. Muchas veces pasó lo que pasó, y no otra cosa completamente diferente, por una causa, que a priori, no parecería ser el desencadenante de nada. Si Isabel la Católica, digamos por poner un ejemplo, no se hubiera casado con Fernando, sino que hubiese seguido dócilmente el mandato de su hermano, seguramente Castilla y Andalucía serían hoy parte de Portugal, y a partir de ahí querido lector/a construya usted a su gusto la historia de lo que hubiera pasado, o de nuevo, hubiera podido pasar.

La historia de la República de Cataluña, vista desde hoy, parece un cuento de hadas, como seguramente les parecería la historia de Castilla a los testigos de las vidas de los Reyes Católicos. Pero ese cuento de hadas está recogido minuto a minuto en nuestras hemerotecas y en los registros de nuestras televisiones. Y yo digo: ¿Qué hubiera pasado si en aquel cercano, pero a la vez lejano año de 2018, el virus de la gripe no hubiera decidido mutar en un rincón de Libia?

De nuevo dejo a la imaginación de mis pacientes lectores/as, el desarrollo de las historias que su creativi-

dad pueda construir a partir del “qué pasaría”, y voy a intentar recoger en las páginas que siguen la rocambolesca realidad que nos ha dejado la breve historia de la República de Cataluña, utopía de utopías, ingenio de los ingenios, asombro de académicos, espanto de filósofos, terror de políticos, jardín de historiadores, obra cumbre de la ensoñación humana, para mayor gloria de nacionalismos y populismos.

Bienvenido/a querido/a lector/a, al relato de unos avatares que, aunque recientes en términos históricos, son ya lejanos en la mente de muchos. Por ello, espero valga este trabajo para mantener vivo el recuerdo que se merece este singular episodio de nuestra historia. Y con el fin de evitar que se me acuse de ser políticamente incorrecto, tanto por viejos catalanes españolistas como por reconvertidos patrióticos hispano-catalanes, no lo hago en catalán, sino en castellano, lengua tan querida y aclamada hoy por todos los españoles, y especialmente por los que en 2019 dejaron la casa del padre, o mejor dicho de la madre, y que con tanta ilusión y amor se han vuelto a acoger bajo su techo.

Febrero de 2020

# CAPÍTULO 1

## QUÉ TIEMPOS AQUELLOS

*Septiembre de 2020*

«Qué hermosa amaneció Argel aquel día de septiembre del año pasado que hoy parece tan lejano. Todos los postes de luz de las avenidas hacia el palacio presidencial de El Mouradia adornados con la señera y la bicolor argelina, brochazos coloristas en el limpio azul del cielo mediterráneo, ondeando alegremente, mientras la cabalgata serpenteaba, aquel soleado día de primavera, hacia su destino».

Aunque aquello no era una cabalgata, no había sino motos, era lo que llaman los americanos una *motorcade*, pero lenta y ceremoniosa, con miles de argelinos saludando y dando vivas a nuestro paso. «¡Y que feliz mi adorado esposo!», pensaba Marcela, mientras preparaba la mesa para el almuerzo familiar de los sábados.

Una mesa redonda con seis puestos, pues hoy vendrían su marido y sus dos hijas con dos amigas, a disfrutar de la tranquila belleza de este maravilloso rincón del Ampurdán, a pocos kilómetros de Perelada. Mientras lo hacía, su mente volvió a aquel soleado día de la primera visita de Estado del primer presidente de la República de Cataluña a un país extranjero.

«Si bien entonces preferí no decir nada, la diferencia de tamaño entre la bandera argelina y nuestra señera

me llamó la atención. Las señeras parecían saludar a la *Grandeur de l'Argelie*, como si fueran pequeñas colegialas saludando a la madre superiora. Recuerdo que sentí una especie de premonición, pero mi marido estaba tan ilusionado con el futuro, con su rutilante República, que no quise hacer un comentario que pudiese ensombrecer su emocionado optimismo».

Marcela terminó de preparar la mesa, y se detuvo a mirarla por si se le hubiera escapado algún detalle. Situada en un lado del salón junto a las puertas correderas, que hoy estaban plegadas, la mesa redonda quedaba prácticamente integrada en el ambiente de la amplia terraza, terraza que daba a su vez a un jardín rectangular enmarcado por un seto muy bien cuidado. Debido a su orientación, a esa hora cercana a la una de la tarde, la mesa, y parte de la terraza, quedaban totalmente a la sombra. Aunque a mediados de octubre los días eran más frescos, a mediodía el sol apretaba de lo lindo, y desde su mesa en la sombra disfrutarían muy cómodamente de los colores de sus hortensias y de la armonía del jardín.

Después de colocar un pequeño florero de plata con un ramo de camelias en el centro, Marcela dio el visto bueno y echó un último vistazo al salón, amueblado con un cómodo tresillo y dos pequeñas mesas acompañantes, conjunto orientado de forma que los ocupantes del sofá daban la espalda a la mesa del comedor y miraban hacia la chimenea. Una mesa rectangular apoyada sobre el respaldo del sofá, cubierta de revistas diversas, dispuestas en tres hileras perfectamente ordenadas, terminaba de separar los dos ambientes.

Marcela se sentía bien en esta casa, se sentía completamente libre. Su piso en Barcelona tenía demasiados recuerdos de ilusiones apasionadas, de tensiones, de sue-

ños imposibles..., y de días magníficos, de tremenda lucha contra la opresión, contra la cerril incompreensión de Madrid. Suspiró al recordarlo. «La cerril incompreensión de Madrid palidecería en comparación con la de Bruselas», pensó, pero no quiso seguir haciéndolo. Se dirigió a la silla donde había dejado su amplia pamea de panamá y después de ponérsela salió a la terraza.

Ataviada con un ligero vestido de algodón estampado en verde oscuro y rojo ladrillo, Marcela parecía una mujer madura joven, digamos treinta y pocos, muy pocos, pero nadie le hubiese echado los cuarenta y cuatro que acababa de cumplir. Sonrió al recordar lo que le gustaba a sus hijas presumir de madre joven. «Incluso me presentan como la hermana mayor... El otro día un pobre engañado insistía en que le presentase a “vuestra madre”... Bueno, pues esa suerte que tengo, aunque creo que las rumanas, en general, envejecemos bien».

Volvió a entrar en casa, se acercó a la mesa de las revistas y cogió el *Hola* que había comprado esa mañana en Perelada. Disfrutaba yendo de compras al pueblo, y de paso comprar el periódico y alguna revista. Como periodista admiraba el *Hola*, que seguía manteniéndose como reina absoluta de la prensa del corazón y, como mujer, agradecía la oportunidad de cotillear la vida de ricas y famosas, orgullosas de mostrar sus engalanados encantos a los magníficos fotógrafos de la revista. Se sentó en el sofá basculante de la terraza, protegida del sol por su toldilla, y empezó a hojear la publicación. Enseguida le llamaron la atención los titulares del reportaje central:

“Recepción en la embajada española en París por el día de la Hispanidad...” Las fotografías mostraban un grupo variado de asistentes, entre los que no reconoció a ninguno, por lo que pasó al siguiente reportaje: “El Nobel

Vargas Llosa, de cacería en Escocia". De nuevo dos páginas de magníficas fotografías que mostraban al escritor y a su amada Isabel Preysler, destacando por su elegancia, junto con su anfitrión el príncipe Carlos y un selecto grupo de rubicundos y rubicundas nobles anglosajones.

Antes que pudiera adentrarse en el artículo, reconoció las voces de sus hijas que llegaban con sus dos amigas, por lo que dejó la lectura y se levantó a abrir la puerta de su pequeña pero encantadora masía. Sin embargo, el primero en entrar fue su marido, Carles Puigdemont, *ex-president* de la República de *Catalunya*, y hoy autor reconocido en francés y castellano, además de corresponsal de varios periódicos y revistas internacionales en Cataluña. Entró riendo, coronado por una espléndida boina de pelo negro, con un gran manojó de enormes espárragos, y se dirigió directamente a la cocina, dejando que sus hijas saludaran cariñosamente a su mujer.